

JACULATORIAS.

Tuus sum ego, salvum me fac. Salm. 118.
Vuestro soy, Señor, salvadme.

Sic currite ut comprehendatis. 1. Cor. 9.
Trabajad, corred de suerte que merezcáis el premio.

PROPOSITOS.

1. No hay verdad en nuestra religion en que mas fácilmente se convenga que en esta; y con todo eso puede ser que tampoco la haya menos eficaz. Ingenuamente se confiesa que nada se ha hecho por salvarse; ¿pero qué fruto se saca de esta confesion? Acaso ningun otro sino hacernos mas delincuentes. Se ve, se palpa que ni siquiera se ha dado principio á este negocio: la edad va creciendo cada dia; quizá va ya volviendo hácia el ocaso; y ¿qué diligencias se hacen? ¿qué medidas se toman? En buena fe, ¿esta es impiedad ó es locura? Seguramente es uno y otro. Sé mas prudente y mas cristiano. Tu conciencia te está reprendiendo tu inaccion; no se pase este dia sin que des alguna prueba de tu celo. ¿Tienes que hacer alguna restitucion? ¿tienes que perdonar alguna injuria? ¿subsisten aun los fatales lazos que formó aquella pasion? ¿hay alguna ocasion próxima de que debas apartarte? ¿es menester sacrificar alguna víctima? pues haz el sacrificio antes que se acabe el dia; visita á aquella persona con quien estás tan enojado; haz luego esta restitucion, ó á lo menos comienza á tomar tus medidas para hacerla. Acaso tendrás necesidad de hacer una confesion general; no la dilates hasta la Pascua, hazla luego, y comienza desde hoy á prepararte para ella. Ese juego, esas malas compañías, esa frecuencia de aquella casa, esos espectáculos son impedimentos, son tropiezos de tu salvacion: ten el consuelo de ha-

berlo reformado, de haberlo cortado todo antes que el dia se pase, y de poder decir á la noche: Esto es lo que hoy he hecho por mi salvacion.

2. Siendo indispensable dirigir todas nuestras acciones al punto céntrico de la salvacion, dispon desde luego el plan de vida que has de observar en adelante, y si ya le tienes dispuesto, vuélvele á leer; pero son ociosas las reglas para vivir bien, si no se guardan. Ten perpetuamente á la vista este oráculo de Jesucristo: *Porrò unum est necessarium* (1): Una sola cosa es necesaria. Despiertá ya de ese fatal letargo en que has vivido hasta aquí en el negocio de tu salvacion; ten un rato de conversacion sobre este punto con tu confesor, ó con algun otro sugeto de tu confianza. Si se consulta con hombres hábiles un negocio temporal, ¿el negocio de la eternidad, el negocio de la salvacion no merecerá siquiera aquel mismo cuidado que se aplica á un negocio de ninguna importancia? ¿Es posible que los hijos del siglo han de ser siempre mas hábiles y mas prudentes en sus negocios que los hijos de la luz?

DIA SÉPTIMO.

SAN ROMUALDO ABAD,

FUNDADOR DEL ÓRDEN DE LOS CAMANDULENSES.

Nació san Romualdo en Ravena por los años de 936; Era su casa ducal, y aun en su tiempo se dejaba distinguir con mucho lustre entre la principal nobleza de Italia. Como criado nuestro Romualdo entre las delicias de una casa opulenta, fácilmente se estrelló contra los ordinarios escollos de la juventud. Al regalo y á la

(1) Luc. 10.

ociosidad se siguió bien presto la disolucion. Iba á precipitarse en la perdicion, arrastrado del amor á los deleites, é impelido con la fuerza del mal ejemplo, cuando la Providencia le detuvo en medio del precipicio; y queriendo formar de él un modelo de santidad, se sirvió de un caso bien funesto para el logro de sus altos designios.

Sergio, su padre, hombre ambicioso y violento, tuvo con un deudo suyo cierta diferencia, que quiso terminar por las bárbaras leyes del duelo. Desafió á su contrario, y llevó por segundo á su mismo hijo. Cayó muerto el pariente á manos de Sergio y á vista de Romualdo, quien quedó tan pesaroso del suceso, aunque no había tenido en él mas parte que una asistencia involuntaria, que se resolvió á hacer fervorosa penitencia de este delito.

Retiróse al monasterio de san Apolinario de Clase, á una legua de Ravena, donde por espacio de cuarenta dias se entregó á varios ejercicios de mortificacion en satisfaccion de su pecado. A los principios no fué su intencion permanecer en aquel retiro por mas tiempo; pero la providencia del Señor lo ordenó de otra manera.

Conversaba familiarmente Romualdo con un religioso lego, hombre devoto y sencillo, el que le representaba un dia el peligro que corria su salvacion si volvía á engolfarse en el borrascoso mar del mundo; y como no ganase terreno hácia el fin que deseaba en aquel corazon ocupado todavia de las vanidades y pensamientos mundanos, le dijo de repente con su simplicidad acostumbrada: *¿Qué me darias tú si te hiciese ver clara y distintamente con los ojos del cuerpo á nuestro buen patrono san Apolinario?* Sorprendido Romualdo al oír una proposicion tan no esperada: *Yo te juro*, le respondió, *que como lo hagas, al punto me meto fraile.* — *Pues has de velar toda esta noche en la*

iglesia, le replicó el piadoso lego. Consintió Romualdo; y estando los dos en oracion, hácia la media noche vió de repente á san Apolinario, vestido de pontifical, cercado de resplándores, que con un incensario en la mano iba incensando todos los altares de la iglesia; y concluida esta religiosa funcion, desapareció. Quedó atónito Romualdo, y sintiendo en el mismo punto trocado su corazon, se postró delante del altar de la santísima Virgen, y todo desecho en lagrimas, prometió hacerse religioso. Así refiere esta historia el bienaventurado san Pedro Damiano.

Apenas amaneció, cuando Romualdo pidió con instancia el hábito monástico en pleno capítulo. Los monjes, que tenían bien conocido el genio de su padre, no se atrevieron á recibirle desde luego, temiendo alguna violencia, pero al cabo venció su perseverancia.

A los veinte años de su edad abrazó la regla de san Benito. Comenzó, no á correr, sino á volar por el camino de la perfeccion. Los mas ancianos se admiraban al ver su humildad, su obediencia, su mortificacion, su devocion fervorosa. No contaba mas que tres años de monje, y ya parecia varon consumado en la vida espiritual; pero el ardiente celo que mostró por la observancia de algunas reglas, que habia como abrogado la relajacion, le hizo odioso á los tibios y á los imperfectos. Mirábanle como á reformador importuno; y pasó tan adelante la persecucion, que se vió precisado á buscar en otra parte asilo mas seguro á su fervor y á su celo.

Retiróse, con licencia de sus superiores, á una soledad de los estados de Venecia, donde vivía un ermitaño llamado Marino, en cuya sencillez y severidad encontró con que contentar su humildad, y satisfacer el ardiente deseo que tenia de hacer penitencia.

Rezaba todos los dias el Salterio en compañía de su nuevo director; y como al principio erraba casi todos los versos, Marino para corregirle le daba un golpe con una vara en la oreja izquierda. Sufriólo Romualdo por mucho tiempo sin hablar palabra, hasta que un dia le dijo con mucha humildad, *que si le parecia, podria en adelante castigarle en la otra oreja, porque iba perdiendo el oido de esta.* Admiróse Marino viendo la paciencia de su discipulo, y en lo sucesivo le trató con menos severidad.

Por este tiempo vino á visitar á nuestro santo, Pedro Urséolo, dux de Venecia, y por su consejo se resolvió á renunciar aquella dignidad que habia usurpado, teniendo alguna parte en el asesinato de Candiano su predecesor. Habiendo pues salido secretamente de Venecia en compañía de Gradénigo, su íntimo amigo, se juntaron con Romualdo y con Marino, y en virtud de lo que anteriormente habian conferenciado, todos cuatro se embarcaron para Cataluña, y llegaron al monasterio de san Miguel de Cusan. Romualdo y Marino dejaron en él á Urséolo y Gradénigo bajo la disciplina de Guerino, abad del mismo monasterio, y se retiraron á un desierto no distante de la abadía, donde en poco tiempo concurrieron muchas personas deseosas de servir á Dios en aquella soledad. Vióse precisado Romualdo, á quien ya miraba Marino como maestro, á encargarse de su gobierno, sacrificando la repugnancia que tenia á mandar; pero solo se sirvió de la aútoridad de superior, para satisfacer el ardiente deseo que tenia de hacer una vida mas penitente y mortificada. Al perpetuo retiro juntó el ayuno mas riguroso; dormía poco, y el tiempo que no empleaba en la oracion le dedicaba á la leccion de libros espirituales y al trabajo manual.

El cuidado que tenia en moderar en los otros las demasias en la penitencia, daba bien á entender que

solamente era austero para consigo mismo. Era muy celoso de la disciplina regular; pero su celo iba siempre acompañado de prudencia y discrecion. Mientras él se aplicaba á imitar las mayores penitencias de los solitarios de oriente, cuyas vidas leía continuamente, tenia gran cuidado de que su ejemplo no moviese á sus súbditos á imprudentes excesos ó demasias. Pero todas sus grandes penitencias no bastaron á librarle de molestisimas tentaciones, que le dieron bien que padecer en aquella soledad. Ejercitáronle mucho los demonios; pero todos sus esfuerzos no fueron sino materia de nuevos triunfos, y solo sirvieron de acrisolar su pureza y de perfeccionar su virtud.

Ocupado Romualdo en estos ejercicios, supo que Sergio, su padre, á quien Dios habia dispensado la gracia de salir del mundo y entrar en religion, rendido á las sugestiones del enemigo, estaba resuelto á dejar la religion para volverse al mundo. Al punto dejó su soledad, voló á Italia, y de tal manera supo manejar aquel genio terco é inconstante, que habiéndole confirmado en la vocacion, tuvo el consuelo de verle morir santamente en el ejercicio de la penitencia.

Luego que se supo en Italia que Romualdo estaba en ella, acudieron á él de todas partes para entregarse á su direccion y gobierno. Fueron tantos los nuevos discipulos, que se hubieron de fundar muchos monasterios. Él se vió precisado á encargarse del gobierno del de Bañi, no lejos de la ciudad de Sasina. La exacta observancia de la disciplina que estableció le hizo intolerable á muchos monjes imperfectos, que no pudiendo sufrir las mudas pero eficaces reprensiones que les daba el ejemplo de su abad, no pararon hasta arrojarle del monasterio. Sintió Romualdo tanto este indigno tratamiento, que resolvió no mezclarse mas en el cuidado de la salvacion de los otros, y de atender únicamente en adelante al cuidado de

la propia. Mas Dios le dió á entender que este disgusto era amor propio, y que era tentacion lo que parecia virtud; pues este era justamente el lazo que el diablo le habia armado con aquellas rebeldias.

Sin embargo se retiró en el marjal de Comáquio, desde donde pasó á un montecillo en las faldas del Apenino, y despues se fué á esconder en la isla de Perea; pero eran inútiles las diligencias que hacia para ocultarse, porque en todas partes le perseguian los fieles. Fué menester toda la autoridad del emperador Oton III, y un precepto formal y expreso del arzobispo de Ravena, para que se rindiese á las eficaces súplicas de los religiosos del monasterio de Clase, que le habian nombrado por su abad. Pero apenas quiso restituir á su debida observancia la disciplina monástica, cuando se arrepintieron los mismos que le habian elegido, y al cabo le obligaron á renunciar el empleo.

Al mismo tiempo que sus discípulos se resistian á sus saludables instrucciones, no queriendo aprovecharse de sus consejos, hacia en otros puntos conversiones portentosas. El conde Olivan, movido de las palabras de Romualdo, dejó el mundo, y tomó la cogulla de san Benito en el monasterio del monte Casino. Un noble aleman, llamado Tham, siguió el ejemplo del Conde. Habiéndose desgraciado la ciudad de Tivoli con el emperador, reconcilió á los vasallos con el soberano; y habiendo este quitado la vida al senador Crescencio, violando la fe de su palabra imperial, le obligó á ir á pié descalzo desde Roma á la iglesia de san Miguel en el monte Gargano, haciendo pública penitencia, y dando ejemplar satisfaccion de su pecado.

Retiróse san Romualdo á Parenzo en la provincia de Istria, donde fundó un monasterio; nombró un abad de su satisfaccion que le gobernase, y en él se re-

cluyó por espacio de tres años. En este largo encerramiento enriqueció el Señor aquel fervoroso spiritu con nuevas y abundantes gracias. Dióle una perfecta inteligencia de la sagrada Escritura, comunicóle el don de profecía, y le añadió el de lágrimas tan copiosas, que se vió precisado á no decir misa en público.

Todo abrasado en el purísimo fuego del amor divino, se le oia exclamar muchas veces cada dia: ¡O mi dulce Jesus! ¡ó Dios de mi corazon! ¡ó amable Salvador mio! ¡ó dulzura inefable de los santos! ¡ó delicia de las almas puras! ¡ó dulce Jesus, objeto y fin de todos mis deseos!

Pero al fin fué preciso dejar aquella dulce soledad para ir á fundar un monasterio en Orvieto. Allí tuvo noticia del glorioso martirio de su amado discípulo san Bonifacio, apóstol de Rusia, y encendido con el ardiente deseo de derramar su sangre por amor de Jesucristo, resolvió pasar á Ungría. Ya tenia la benedicion y aun la mision del sumo pontífice, cuando Dios, que le preparaba otro género de martirio menos sangriento, pero no menos cruel, y que le tenia destinado para fundador de una nueva familia religiosa en su santa iglesia, permitió que cayese malo en el camino, y que por este accidente se volviese al monasterio de Orvieto. Pero como no le dejasen respirar los muchos que cada dia le buscaban, se retiró secretamente á un monasterio colocado en la cima del monte de Síttria. Aquí fué donde padeció la mas horrible calumnia que podia atreverse á su venerable ancianidad, sufriendola por espacio de seis meses sin despegar sus labios, ni tomar otra satisfaccion que de sí mismo en la rigurosa penitencia; y durante este penoso ejercicio de paciencia y de humildad compuso una exposicion de los salmos, que se guarda hoy en la Camándula, escrita de su mano.

Verdaderamente causa admiracion que un solo hombre pudiese hacer tantas fundaciones; pero la mas célebre de todas fué la que hizo en Camaldoli de Toscana, sitio famoso en los valles del Apenino. Aquella vehemente inclinacion que tenia á la soledad, le movió á elegir este desierto. Quedóse un dia dormido cerca de una fuente, y vió en sueños una escala, que fijada en tierra llegaba con la parte superior al cielo, y reparó que sus religiosos, vestidos de blanco, iban subiendo por ella. Despertó el santo, y no creyendo que el sueño fuese sin misterio, escogió á algunos de los discípulos suyos mas fervorosos, y les dió el hábito blanco con nuevas constituciones. Este fué el principio de la religion Camandulense, que hace mas de seiscientos años florece en el campo del Señor, y conserva el dia de hoy todo el fervor de aquel primitivo espíritu que recibió de su santo fundador, y ha dado tantos santos á la Iglesia.

Sintiendo Romualdo que se iba acercando ya el dia de su dichoso tránsito, se retiró á su monasterio de Val de Castro, donde veinte años antes habia pronosticado que habia de morir. Allí fabricó una celdilla con un oratorio para encerrarse en ella y guardar silencio hasta la muerte; y aunque cada dia iban creciendo sus achaques, no por eso se acostó en mas cama que en el duro suelo, ni se dispensó en sus ayunos y demás penitencias ordinarias. En fin, sabiendo que habia ya llegado el dia en que el Señor le queria premiar tantos trabajos, mandó salir de la celda á los dos monjes que le asistian, con órden de que no volviesen á entrar hasta el dia siguiente. Conociendo lo que podia ser, le obedecieron con violencia; pero se quedaron á la puerta de la misma celda para observar lo que pasaba. Gastó el santo algun tiempo en oraciones vocales; pero como los monjes no le oyesen prurumpir en sus acostumbrados afectos de amor de Dios,

ni en sus ordinarios suspiros, entraron en la celdilla, y hallaron que acababa de espirar. Murió, como afirma san Pedro Damiano, que escribió su vida quince años despues de su dichoso tránsito, á los ochenta años de su edad. Fueron tantos los milagros que obró así en vida como despues de su muerte, que, creciendo en todas partes la opinion de su santidad, obtuvieron sus monjes licencia del papa para erigir un altar sobre su sepultura á los cinco años despues que murió. Hallóse el santo cuerpo casi tan sano y tan entero como el mismo dia que le habian enterrado. Desde el año de 1032 se celebró solemnemente su fiesta con autoridad de la santa sede el dia 19 de junio, que era el de su dichoso tránsito. El de 1466, cuatrocientos treinta y cuatro años despues de la primera traslacion, se volvió á hallar entero el santo cuerpo; pero su fiesta concurriendo con la de los santos Gervasio y Protasio, el papa Clemente VIII, la fijó al dia siete de febrero, que fué el de la referida primera traslacion.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Romualdo, abad, padre de los monjes Camandulenses, cuyo glorioso tránsito se celebra el dia diez y nueve de Junio.

En Londres en Inglaterra, la fiesta de san Aulo, obispo, el cual, habiendo terminado con el martirio la carrera de su vida, mereció recibir la recompensa eterna.

En Frigia, san Aduco, de una ilustre familia de Italia, el cual, habiendo sido elevado por los emperadores á casi todas las dignidades del imperio, ejerciendo últimamente el cargo de cuestor, fué por la defensa de la fe honrado con la corona del martirio.

Allí mismo, muchos cristianos, habitantes de una ciudad de la que era gobernador el mismo Aduco, los cuales, habiendo perseverado constantemente en

la confesion de la fe, fueron quemados por órden del emperador Galerio Maximiano.

En Heraclea, san Teodoro, general de ejército, el cual, despues de varios tormentos sufridos bajo el imperio de Licinio, habiendo sido decapitado, entró victorioso en los cielos.

En Egipto, san Moisés, obispo venerable, que pasó en la soledad los primeros años de su vida; pero habiendo salido de ella á instancias de Mauvia, reina de los Sarracenos, y consagrado obispo, convirtió á la fe la mayor parte de aquellas ferocísimas gentes, y lleno de virtudes y merecimientos descansó en paz.

En Luca en Toscana, el tránsito de san Ricardo, rey de Inglaterra.

En Bolonia, santa Juliana, viuda.

La misa es en honor de san Romualdo, y la oracion es la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Romualdi abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion de san Romualdo abad nos haga gratos á vuestra Majestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 45 del libro de la Sabiduria.

Dilectus Deo, et hominibus, ejus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria.

elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

Le santificó por su fe y por su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque le oyó á él y á la voz de él mismo, y le introdujo en la nube. Y le dió cara á cara preceptos, y ley de vida y de doctrina.

NOTA.

« Jesus, hijo de Sirach, autor de este libro, como » ya se ha dicho, hace en este capítulo el elogio de » Moisés, de Aaron y de Finés. Da principio por el » de Moisés, á quien alaba principalmente por haber » sido amado de Dios y de los hombres, y por aquella » gran moderacion que conservó en medio de tantas » victorias como consiguió, y de tantas maravillas » como hizo. Este mismo elogio aplica la Iglesia al » santo abad cuya memoria celebra el dia de hoy. »

REFLEXIONES.

No se habla en el mundo comunmente de otra cosa sino de todo lo que halaga, lo que brilla, lo que nutre el espíritu mundano, ó por decirlo así, la misma mundanidad. Ser estimado de los grandes, tener amigos poderosos, ser bien recibido en las conversaciones, en las tertulias, en las diversiones del mundo, esto es lo que se estima, esto es lo que se admira, esto lo que agrada. La virtud vive como avergonzada en un rincón oscuro; mete poco ruido, brilla poco, es poco conocida para que los hijos de este siglo la cortejen ni la alaben. Mientras tanto llega finalmente aquel tiempo en que acaban sus dias esos modelos de la mundana felicidad; viene la muerte como una pequeña piedra, y con un leve toquecillo da en tierra con esos colosos orgullosos; su soñada felicidad, hasta su misma memoria, todo se acabó con la vida. Respetos, honras,

estimaciones, alabanzas, aplausos, todo se encerró con ellos en la tumba. Por el contrario, aquellas almas puras, inocentes, tan queridas de Dios, aquellos amigos del Esposo celestial, aquellas personas humildes y mortificadas, aquellos hombres justos de quienes el mundo no era digno, que vivieron desconocidos, pobres, oprimidos, perseguidos, menospreciados, que fueron unas veces el asco y otras la compasion del mismo mundo, esos solo acabaron sus dias para començar á vivir en la gloria. Su memoria está en bendicion, y se veneran hasta sus mismas cenizas. Tanta verdad es, que tarde ó temprano, al cabo se paga el tributo que se debe á la virtud. Si en vida se les niega á las personas virtuosas, despues de la muerte se les restituye centuplicado. ¿Quiénes son los aplaudidos, los alabados despues de la muerte, es decir, cuando ni la lisonja, ni el temor, ni el interés tienen parte en los aplausos? Alábase á un san Luis, á un san Eduardo, á un san Enrique; hónrase á un santo labrador, á una pobre pastora, que amaron á Dios y fueron amados de Dios; estos son aquellos cuya memoria está en bendicion. ¿Podrémos nosotros esperar la misma suerte? ¿Será tan bendita y tan venerada nuestra memoria? Eso que nos lo diga nuestra conciencia. Desengañémonos, que solo aquel sabe hacer su fortuna, que sabe hacerse santo. *Hizole santo por su fe y su mansedumbre.* El justo vive de la fe; y bien puede decirse que la dulzura es en parte el caracter de la vida del hombre justo. La blandura es inseparable de la mortificacion y de la humildad; y aun se puede añadir que tambien de la inocencia; por tanto, no debe causar admiracion que sea la apacibilidad uno de los rasgos mas sobresalientes en el retrato de los santos.

El evangelio es del cap. 19 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israël. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam eternam possidebit.

En aquel tiempo, dijo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio pues, recibiremos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó posesiones, por causa de mi nombre, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

DE LA PRONTA OBEDIENCIA Á LA VOZ DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuanto importa ser fiel á la gracia; porque la salvacion pende de esta fidelidad. Hay dias afortunados, hay momentos felices en que la gracia se hace sentir, y en que la voz de Dios se hace entender. ¿Qué desgracia hacerse sordo, no estar de humor, ser insensible! *Ecce nos reliquimus omnia*: veis aquí, Señor, que hemos dejado todas las cosas. A la primera palabra que os oimos, en el mismo momento de vuestra inspiracion, al primer rayo de vuestra divina gracia abandonamos cuanto teníamos. El que dice